

profético y poder de milagros y los muchos que se obraron despues de su muerte: todo esto puso un pronto y eficaz estímulo en la santa Iglesia católica para colocar á Teresa de Jesus, por la voz del Vicario de Jesucristo, en la galeria gloriosa de los Santos, exponerla en los altares á la veneracion de los fieles, y coronar de esta suerte una vida llena de virtudes y merecimientos.

¿Quién es capaz de admirar como es debido el pensamiento, la accion, la grandeza y la gloria de esta segunda madre de la familia del Carmelo? ¿Cómo describir las muchas y repetidas escenas que pasaban entre ella y su Dios en las misteriosas reservas de su oracion sublime! ¡Ah! todo traspasa con mucho los límites de nuestra pobre posibilidad. El mejor uso que podemos hacer del pensamiento y la palabra, cuando contemplamos la carrera de esta virgen, es exclamar con arrobamiento: "¡Cuán admirable es el Señor en sus santos!" y el resultado mas feliz á que debemos aspirar en un ejercicio tan piadoso, es adquirir con el gusto de la oracion un estímulo continuo para practicarla, y con su práctica un medio fecundísimo en recursos para la perfeccion y el merecimiento. Todo lo conseguiremos, hermanos míos, si somos fieles en corresponder á las felices inspiraciones que nos prodiga esta virgen con los ejemplos de su vida, é interesamos en favor nuestro su valimiento con el Rey de los reyes, cuando goza ya en el Empíreo el precioso fruto de sus virtudes.

¡Oh Teresa, objeto digno de nuestras alabanzas, de nuestra admiracion y de nuestros cultos! desde esa region divina donde adunas tu voz con las de los ángeles, querubines, principados y potestades del cielo, para entonar al tres veces Santo el Hosana sublime de tu amor, vuelve esa tu mirada tierna sobre esta familia atribulada que lucha con la penosa incertidumbre de su futuro destino, haz que descienda hácia nosotros el torrente de la gracia, y que no se cierre por última vez nuestros ojos, sino para abrirse de nuevo en la patria celestial. AMEN.

PANEGIRICO

DE SAN

VICENTE DE PAUL.

PREDICADO

EN MEXICO EL DIA 19 DE JULIO DE 1860 EN LA IGLESIA
DEL ESPIRITU SANTO.

*Minimus erit in mille, et parvulus in
gentem fortissimam.*

El menor de ellos valdrá por mil, y
el parvulillo por una nacion poderosa.

Is. cap. LX, v. 22.

CATÓLICOS:

Si en el cuadro general que en el mundo presentan, con el esplendor y magnificencia de sus obras, la sabiduría y la virtud, hai una cosa que ponga mas de bulto lo infinito del pensamiento y la accion de Jesucristo Señor nuestro sobre toda la humanidad, es el valor moral que cada uno de sus escogidos representa comparativamente con cuanto de mas heróico y grande, potente y fuerte ostentan los hombres y los siglos. Abrense á nuestra vista las páginas de la historia profana, y en el acto mismo empiezan á desfilar en nuestra presencia esa serie de sabios, de héroes, de potentados, de genios á quienes el siglo apellida grandes, y en cuyo reflejo señala el esplendor de sus glorias diversas. Contemplamos uno por uno esos grandes hechos que mas se aplauden y admiran, esas vicisitudes incontables por donde ha pasado la sociedad impelida juntamente por la ciencia y el poder, esos reinados opulentos y reinados miserables, esas revoluciones memorables que han cambiado tantas veces las opiniones, las costumbres y la faz política de los pueblos; y á la

vista de todo, no pudiéndonos librar de tan fuertes impresiones, pagamos un tributo de admiración á los sabios y á los fuertes del siglo. Mas cuando, al volver de nuestra primera sorpresa, variamos de cuadro, pasamos del mundo político al mundo moral, consideramos los polos sobre que gira éste, el carácter y la forma de su perfección, el principio y el elemento de su vida, la nobleza y sublimidad de su fin, entónces cambian del todo nuestras ideas: nuevos medios de apreciación adquiere nuestra crítica, y aleccionados con la verdadera sabiduría, el verdadero heroísmo, la verdadera gloria, somos ya ménos fáciles para celebrar lo que solo pertenece al hombre, y no encontramos derechos incontestables á nuestra admiración, sino solo en el carácter moral de esos héroes que han sido formados en la escuela de Jesucristo. Cada uno de ellos es un libro para nuestro entendimiento y un estímulo para nuestro corazón, porque solo allí encontramos el reflejo de aquella luz que no tiene ocaso, el ascendiente de aquella virtud que no tiene mezcla, la magnificencia de aquella gloria que no tiene medida.

Cuando consideramos uno de estos que suelen pasar desapercibidos delante del mundo, mostrarse despues de su muerte con la magnificencia de la virtud y el esplendor purísimo de la verdadera gloria, humillar al mismo siglo y arrancarle tributos de admiración producidos por el mas sublime desengaño, un sentimiento indefinible se apodera de nuestras almas, extasiadas con la contemplación de tanta grandeza, y para desahogarle no nos queda otro lenguaje que el que sirvió de intérprete á Isaías para terminar el cuadro profético de los divinos triunfos de Jesucristo. El último de los de su pueblo, que habia de componerse de todos los justos, verdaderos y perpetuos poseedores de la tierra, renuevos augustos del regio vástago de Judá, selectísimas plantas del Viñador eterno, reflejos vivos del Sér por esencia, "el menor de ellos, exclama el Profeta, valdrá por mil, y el parvulillo por una nación poderosísima." *Minimus erit in mille, et parvulus in gentem fortissimam.*

Bajo este punto de vista debemos considerar al héroe sublime de la religión, objeto de esta solemnidad piadosa, para sentir su grandeza y columbrar su gloria. Venido al mundo al finalizar de un siglo que acababa de innovar todos los elementos del saber y de la sociedad, de introducir con el mejor éxito la gran tentación de la ciencia para minar el doble edificio de la fe y la unidad católica, y de preparar así un ataque general contra todo lo que hasta entónces habia sido mas fuerte y mas universalmente benéfico, Vicente de Paul aparece como la gran personificación de la virtud en todo su poder, en su poder presente para reparar todas las ruinas é impedir

nuevos males, y en su poder futuro para estar siempre como en atalaya contra los nuevos golpes que serian asestados á la institución de Jesucristo. Esplendente sol en las altas regiones del pensamiento, activo fuego en el mundo moral, este héroe, brillante á pesar de su oscuridad espontánea, irresistible á pesar de su noble retraimiento, prodigiosamente fecundo á pesar de su incomparable humildad, aparece á fines del siglo XVI valiendo él solo para la verdad y la virtud mil veces más que cada uno de los agentes del error y del crimen, mas poderoso en su acción, delicada y tierna como la de la infancia, que las legiones poderosas rabiosamente armadas contra la Iglesia de Jesucristo. Ministro universal de la Providencia en la economía de su acción sobre el mundo religioso, político y social, resume, digámoslo así, en su misión y en su espíritu, la misión y el espíritu de todas las instituciones del cristianismo, sirviendo á ellas de órgano y defensa, y multiplicando en cierto modo su poder con la pasmosa fecundidad de su virtud.

¿Quién pudiera jamas reducir á las condiciones precisas de un discurso las glorias de este héroe de la caridad, que comenzando siempre su grande obra en el corazón y mediándola en la inteligencia, la consumaba constantemente en la felicidad? No es posible. ¿Cómo dar aquí el lleno á mis deseos, desahogando en vuestra presencia, católicos, todos los sentimientos de admiración que este Santo me inspira, sin menoscabar su elogio ni gravar tampoco demasiado vuestra atención? ¿Os diré con uno de sus mas esclarecidos panegiristas que es la obra y el instrumento de la Providencia? Esta enunciación dice mucho; pero su misma universalidad, en que se hallan comprendidos todos los justos, no me excusaria de abandonarla en busca de un plan mas circunscrito. ¿Os diré con un elocuente Pontífice que Vicente de Paul fué bienhechor de su siglo y de las generaciones futuras, no ménos admirable en el ejercicio que en el suceso de su caridad, grande por sus virtudes generosas, y mayor por sus preciosos establecimientos? Diria la verdad; pero no podria ciertamente rehusar este mismo elogio, en su carácter y extensión, á tantos fundadores insignes que han hecho pasar su espíritu al través de todas las edades hasta nuestros dias, y á medida que corren los siglos aumentarse mas y mas el reflejo de sus glorias. ¿Os diré con algunos otros que fué Vicente de Paul el mejor de todos los hombres? Las leyes severas de esta cátedra me prescriben el estrecho deber de respetar ese mundo del misterio, ese libro cerrado para nosotros, donde constan los grados de merecimiento y de gloria de todos los justos. Prescindiendo pues de estos extremos, y queriendo sin embargo ponerlos en el camino de una meditación

provechosa; empeñado ménos en presentaros un todo, que en facilitaros medios adecuados para que lleguéis á recorrerle y contemplarle; deseoso, no tanto de cumplir con las exigencias de la oratoria, cuanto de conmover vuestros corazones, atrayéndolos á la caridad con la pintura de sus glorias, intento poner á vuestra vista la imagen sublime de Vicente de Paul desarrollando el influjo de la sabiduría y el amor sobre tres mundos, digámoslo así, que abrazan el mas vasto conjunto: el mundo religioso, el mundo político y el mundo social.

Predestinado para cultivar todas las virtudes, llamado á la tribu sacerdotal, que es el estado mas perfecto, colocado en ella bajo el influjo de todas esas inclinaciones de la virtud ignorada y oscura, del retraimiento y la abnegacion, del silencio y la soledad, parecia llamado este Santo á esas instituciones piadosas en que el alma, robándose para siempre al mundo y sus habitadores, no vive mas que para la contemplacion; y sin embargo, no permitió el Señor que esta virtud se localizase: queria obrar con ella directamente sobre el siglo, influir sobre todas las instituciones, y por lo mismo Vicente de Paul no se empeña en votos monásticos, no se reduce á la vida de los claustros ó á la soledad de los desiertos, ni aun se radica en algun empleo de los muchos que desempeña el clero secular. Estaba destinado para ser un tipo universal, y á pesar de su modestia, tendria que recorrer una variadísima serie de sucesos, pasar por muchas vicisitudes, ocupar diversos puestos, y moverse al impulso de su caridad en la proporcion misma que clamaban por ella todas las necesidades del género humano. Tenia delante de sí un vastísimo campo de ruinas y escombros, amontonadas á la par por el orgullo de la ciencia, la guerra de la herejía, la decadencia de la virtud, el entronizamiento de los vicios, el choque de los intereses políticos y las tempestades horribles y frecuentes de la guerra civil. Esta espantosa desolacion pedia una influencia proporcionada, queria un soplo que purificase todos los contagios y produjese, por decirlo así, una restauracion universal. Las instituciones religiosas clamaban por una reforma, y Vicente de Paul las restauró con su ejemplo y sus seminarios. Las instituciones políticas empezaban á resentir un mal que mas tarde tomara proporciones inmensas, el desconcierto entre la magistratura civil y la personalidad eclesiástica: Vicente de Paul con sus ejemplos aparece como la gran personificacion de los medios que el clero debia emplear para salvarse de los conflictos que le esperaban. La masa de la sociedad estaba devorada juntamente por la miseria y por el crimen; y Vicente de Paul, en contacto con todas sus clases, socorre la primera,

y este socorro mismo se convierte, por su carácter, en un elemento de restauracion moral: el pan de la tierra se alterna con el pan del cielo, y los hambrientos y adoloridos se sacian y curan en el cuerpo para resuscitar en la virtud. Ved pues aquí, os lo diré otra vez, el triple aspecto bajo que me propongo presentaros á Vicente de Paul: inicia la grande obra con la reforma del estado eclesiástico, la média con su conducta en las córtes, y la consuma con el carácter de su accion sobre el cuerpo de la sociedad.

Mas no entraré, católicos, en materia sin levantar primero mi voz al Espíritu increado, pidiéndole ardientemente dé á mis palabras la virtud que necesitan, para ilustrar vuestro entendimiento y mover al mismo tiempo vuestro corazon, bien así como á vosotros aquellas disposiciones felices que hacen prender en el alma, crecer y fructificar la semilla de la palabra evangélica. Unamos pues nuestros votos á este Divino Espíritu, pidiéndole sus preciosos dones por la intercesion efficacísima de su casta Esposa. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Cuando vemos, católicos, la historia de Vicente durante el primer periodo de su vida recogerse en tan pocas líneas, que casi se nos escapa, y observamos por otra parte lo que fué y lo que hizo, notando al mismo tiempo cómo en casi dos siglos su espíritu vive en sus hijos y en sus instituciones, recorre la tierra, obra incesantemente y pasa sin esfuerzo á la posteridad, no podemos ménos de pagar un tributo de admiracion á esa Providencia del misterio tan manifiesta en sus obras como impenetrable en sus designios, y que nos da tantas luces para conocerla en la realizacion de sus planes, como se rodea de sombras para ocultar su pensamiento, principalmente cuando las grandes crisis de los pueblos apiñan sobre el porvenir tantas nubes, que no se columbran ya sino fantasmas de miseria, de luto y de muerte.

Nació Vicente de Paul en una aldea llamada Puy, de padres pobres; era el sexto de sus hijos; fué destinado á la tarea de apacentar un pequeño rebaño, medio de subsistencia con que contaba su familia. En esta ocupacion se conservó hasta los doce años de su edad, haciéndose siempre notar por la pureza de sus costumbres, los esmeros de su piedad y su amor á los pobres. No puedo pasar

de aquí, católicos, al referir la historia de nuestro Santo durante este primer periodo. ¡Qué cuadro tan sucinto! ¡qué infancia tan ignorada! ¡qué poca cosa para el punto de partida de una inmensa carrera! Mas nada de esto es casual: porque Dios, tan poseído de su amor al hombre como celoso de su gloria, procede siempre de tal manera, que la falsa lógica del siglo no puede nunca desvirtuar el verdadero carácter de sus obras.

Quiere salvar al mundo en una de sus terribles crisis religiosas y morales, y la gran misión para esto la concede á Vicente de Paul. ¡Qué empresa, católicos! reformar todo un siglo y dejar en pié un elemento poderoso contra el desbordamiento del mal en los siglos venideros! ¡Quién ignora los desastres de todo género que trajó al mundo el siglo décimo-sexto, el sacudimiento universal que produjo al formular aquella gran revolución? Verdad es que la Iglesia tenía mucho adelantado cuando se acercaba el tiempo de que este nuevo atleta viese la primera luz; que había reunido en Trento á los sucesores de los apóstoles, lanzado el anatema contra los herejes y decretado una reforma sapientísima; que ya la Compañía de Jesus había luchado con gloria por casi medio siglo; que nuevos institutos la enriquecían, y otros antiguos, renovados en su espíritu primitivo por el esfuerzo de reformadores ilustres, la llenaban de consuelo. Pero lo es asimismo que aun quedaba mucho por hacer: ¡tal había sido la fuerza del mal, tantas las ruinas amontonadas, tan perseverante y audaz aquella revolución! Todavía la reforma se enseñoreaba de su campo y se esforzaba por dilatar su triunfo en vez de sucumbir: la monarquía, cediendo sin sentirlo á las inspiraciones de la época, minaba poco á poco sus cimientos: la miseria en todas sus facés, derramada por donde quiera, era un espectáculo destructor: bajo la mano misma de la justicia que castigaba á los culpables, se multiplicaban los crímenes: la religión se veía amenazada juntamente por los embates del cisma que la atacaban sin tregua, por el olvido de los principios y la corrupción del pueblo: la marcha del tiempo, que no pocas veces engaña por lo ménos el dolor con la ilusión de la esperanza, léjos de producir entonces tal efecto, multiplicaba las desgracias disminuyendo los recursos y haciendo casi desesperado el remedio.

Pero el clero, sobre todo, ¡qué lastimoso aspecto presentaba en aquellos tiempos críticos en que su acción era mas necesaria que nunca para salvar la situación de tantas desgracias! Su decadencia contaba ya dos siglos, había figurado como una de las causas que precipitaron la reforma protestante, y despues era una consecuencia progresiva de la misma reforma. "Véfanse donde quiera templos

destruidos, altares arruinados, profanaciones sin número, y lo que es mas, un trastorno casi universal de la disciplina eclesiástica, lo cual trae por consecuencia la orfandad espiritual y el abandono absoluto de rebaños inmensos, que arrastraban una vida miserable sin sacramentos, sin instrucciones, sin socorros casi de ningun género para su eterna salud. Este cuerpo respetable, que aun en tiempos de persecucion ostenta su grandeza cuando vive de la virtud, había llegado á envilecerse tanto, que como observa un célebre historiador: "pasaba entonces por contumelia, nombrar con el título de *padre* á un clérigo distinguido. Los curas de aldea, en la mayor parte, se parecían á los pastores de quienes habla el Profeta, que satisfechos con esquilmar á su rebaño, se les da poco de que tengan el pasto que pide la vida de su alma."

¡Qué no era necesario, católicos, para reanimar este cuerpo ministerial, esta plana mayor de la milicia sagrada, y aprestarla de nuevo al combate con la seguridad de la victoria? Era necesario suscitar un nuevo caudillo de una falange nueva, que colocado en un punto mui prominente del globo, revestido de una misión en cierto modo universal, dispuesto para encontrarse en todas las situaciones de que es capaz el ministerio eclesiástico, recogiendo en sí mismo el espíritu de todas las instituciones sin los inconvenientes de la localización, pudiese aparecer con esa especie de universalidad que solo se adquiere en la escuela de Jesucristo, de que da testimonio la historia del apostolado, y cuyos triunfos no tienen rival en los fastos del heroísmo: era necesario uno de esos hombres, que dotados al mismo tiempo de todas las gracias que resplandecen en el carácter de los justos y de esa especie de singularidad que apropia los grandes caracteres á las grandes crisis y necesidades nuevas del género humano, revelan en sí mismos por sus cualidades y por sus obras la acción de esa Providencia siempre antigua y siempre nueva, que obrando constantemente con los mismos elementos esenciales, diversifica las aplicaciones segun las diferentes facés que á su turno van presentando las generaciones y los siglos.

¡Vicente de Paul, llegó ya tu hora! El día señalado en el registro eterno de la Providencia para producir esa grande obra de restauración y de consuelo, apareció por fin: la misión augusta de un nuevo apóstolado está pendiente en el mundo de tu cuna, de tu infancia y de tu destino! ¡Humilde comarca de Puy, tú vas á ser de hoy mas una nueva Bethlehem: el Sol que allá tuvo su oriente ha formado ya dentro de tus muros ignorados un astro donde reflejar su eterna luz y repartir el calor de la vida entre la inmensa familia de los desdichados! De tu seno saldrá un hombre de Dios, que coloca-

do al frente de la sagrada tribu, atraerá sobre ella la gracia de una regeneracion sublime, será el precursor de la esperanza, el profeta de los consuelos, el instrumento activo de esa Providencia rica y fecunda en favor de la pobre humanidad.

Ved, católicos, á este héroe incomparable dar principio al desempeño de su gran mision, de una manera tan maravillosa como sorprendente. Para emprender y llevar á cabo el árduo empeño de una reforma que debe comenzar por los ministros mismos del santuario, no toma la pluma y escribe sabios libros, no despliega sus labios y pronuncia discursos elocuentes, no recorre los círculos y lanza censuras amargas, no levanta el grito para declamar contra la corrupcion recorriendo un velo que la caridad tiende sobre el vicio para no escandalizar al inocente y desesperar al culpable. Animado únicamente del amor, todo lo gobierna con la caridad, todo se lo promete de la paciencia, de la afabilidad, de la abnegacion, de la humildad, del desprendimiento, de la mansedumbre: porque la caridad es paciente, dulce, bienhechora, reposada, prudente, humilde, desprendida, mansa, benévola, segun el bello cuadro que de ella nos dejó el apóstol de las gentes. Tal era la humildad prodigiosa de este hombre incomparable, que al revolver en su mente los grandes pensamientos de una reforma eclesiástica, parece no aperebirse del objeto que está moviendo su celo, sino mas bien considerarse á sí mismo como el único que habia menester de tal reforma; y no es este, católicos, un sabio y prudente artificio de la caridad, porque aquella alma sencilla y simple realmente pensaba como obraba: tenia siempre la miel en los labios para endulzar las penas de sus hermanos y la mirra en el cáliz para castigarse á sí mismo. No puedo en consecuencia presentárosle desarrollando *á priori* un plan meditado de reforma sobre los eclesiásticos; pero en cambio tendré la satisfaccion indecible de pintarósle con fidelidad en su accion sobre sí mismo, y mostraros saliendo como por encanto de su espíritu, de su corazon y de sus manos un clero nuevo, ya porque hubiese sacudido la vieja vestidura, ya porque no hubiese perdido la que recibió del Pontífice con la imposicion de las manos. En lugar pues de nombrar el pensamiento de Vicente, el plan de Vicente, el designio de Vicente sobre la tribu sacerdotal, os mostraré el de Dios por medio de Vicente como instrumento suyo, y para hablar sin frases diré, que Dios en su misericordia, para llevar á efecto la reforma de una clase tan amada, se sirve de este justo, haciendo que, sin pensarlo ni sentirlo, la inicie con sus virtudes, la realice con sus obras y la perpetúe con sus institutos.

¿Qué os diré de sus virtudes! Solo para trazar este cuadro, dando

á cada una de sus partes las proporciones debidas, habria menester, no hai que dudarlo, escribir un libro. Los piadosos historiadores que han tomado á su cargo el desempeño de tan noble y deliciosa taréa, justifican mi pensamiento; y es mui digno de notarse que, cediendo penosamente á la necesidad de ser breves, solo nos han trasmitido cuadros generales. Con hallarse colocado este justo por la voz de la Iglesia en la gloriosa categoría de los santos, visto es que practicó en heroico grado las virtudes todas, y que la hermosa página de su vida resplandece con caracteres indelebles en el libro de los escogidos. Con saber que entré todas sus virtudes levantó su majestuosa frente la caridad, haciéndose notar en todo y sobre todo, ya veis que tan preciosa vida realiza el bello ideal que del justo nos ha dejado el apóstol San Pablo. Sin duda que es un espectáculo hermoso á par que sublime contemplar la grandiosa personificacion de esta virtud en la vida de Vicente, verle correr por la tierra sin apartarse del cielo, siempre con su prójimo y ni un instante sin su Dios, perseguir intrépido el dolor, la miseria y el crimen con los dardos de su amor á fin de extirparlos, si posible fuese, de la tierra, y enviar de continuo al Dueño Unico de todo, como troféos de su gloria, pesadumbres aliviadas, penas destruidas, aficciones consoladas, dolores extinguidos, tribulaciones desaparecidas, lágrimas enjugadas. Pero al hablaros de las virtudes de Vicente, quiero ménos atraer hácia la cúspide magnífica del augusto edificio vuestra admiracion, que fijaros en su profunda base: quiero ménos excitaros con la contemplacion de la obra, que sorprenderos con el secreto maravilloso de su origen. Sin duda alguna que la caridad está sobre todo, es mas que todo, es por excelencia todo; pero ella tiene una base cuya profundidad guarda la debida proporcion con su altura: si su altura está en lo infinito, su base descansa en la nada. Ahora bien, esta nada existente, activa, laboriosa, admirable, sublime, y siempre nada, es la abnegacion evangélica: ancha y profunda base, que recibe sobre la tierra las robustísimas é inmensas columnas de ese templo que va á esconder su cúpula en los cielos, el templo de todas las virtudes alumbrado por el sol de la caridad y apuesto siempre para la residencia angusta del Ser por esencia.

Reducido, pues, para no divagarme, á la abnegacion de Vicente, os diré que la tuvo en toda la perfeccion que admite la naturaleza protegida por la gracia: y dicho esto, nada tengo que añadir para dejaros persuadidos de que su vida reúne cuantos rasgos forman la fisonomía característica de esta virtud fundamental. Mas yo quiero presentárosla bajo aquellos aspectos que de ella exigia el pensamiento de Dios para la reforma del sacerdocio, y os manifestaré al

propósito en Vicente de Paul una triple abnegacion: abnegacion de familia, abnegacion de estado, abnegacion individual.

Vedle hacer su primera carrera, dedicándose á los estudios, porque nada mas necio que abandonar los caminos de la ciencia para esperarle todo de la virtud; pero vedle al mismo tiempo buscar los elementos de todo en su absoluta consagracion al Señor, resplandecer á despecho de su humildad desde los principios de su carrera, ejercer un magisterio singularmente notable sobre sus mismos compañeros en los primeros periodos de sus estudios, emplear los pocos provechos de esta ocupacion en aliviar á su familia, desprenderse de ella para consagrarse exclusivamente á Dios desde el momento mismo en que se inicia en la carrera eclesiástica, y continuar en esta vida de abnegacion acerca de lo mas caro para el hombre hasta recibir el orden sacerdotal. Este suceso, que podia tal vez inclinarle á volver al seno de los suyos, porque ninguna incompatibilidad habia en esta resolucion con su ministerio, no hizo mas, á pesar de esto, que fortificarle progresivamente en su primera resolucion de renunciar á los inocentes goces de la familia.

No os diré, católicos, cuánto importaba este ejemplo para una reforma que tenia que luchar, entre otras cosas, con la inclinacion á los goces de una vida cómoda en el ministerio eclesiástico. ¡Cuántas veces un sentimiento de esta clase, un amor tan legítimo habrá enervado la fuerza de los espíritus mas vigorosos, y cuando ménos reducido á un corto círculo de accion á hombres nacidos para cosas grandes! Mas no se contenta Vicente de Paul con un tan heroico sacrificio, con esta correspondencia sublime al pensamiento de Jesucristo cuando quiere que los suyos sacrifiquen, si necesario es, el padre, la madre y aun á sí mismos á los grandes intereses de la gloria de su Padre celestial. La abnegacion de Vicente debe aproximarse cada día mas íntimamente á su objeto providencial, que es la reforma del clero; y si este primer paso era bastante por sí mismo para despertar de su letargo á muchos de sus individuos, quedábales todavía por presenciar otro linaje de sacrificios, aquellos que multiplica la abnegacion de estado.

Fijo solo en su ministerio, exclusivamente ocupado en prepararse mas y mas para ejercer con ménos temor sus augustas funciones, y cuando la comodidad y las riquezas habian encontrado siempre cerradas las puertas de su corazon, la obediencia le obliga á aceptar la rica parroquia de Thil, beneficio que con absoluta espontaneidad le confiere como un acto de justicia un gobierno eclesiástico diocesano. Mas cuando enderezaba ya sus pasos á tomar posesion, un suceso que á otro hubiera contristado, le alivió á él de su pena. Este

beneficio traia consigo la necesidad de un litigio que se le anunció desde luego, y que le bastó para ceder inmediatamente de su legítimo derecho. Retiróse tranquilo, dejando poseidos de admiracion y edificados á la par á cuantos tuvieron noticia de tan heroico desprendimiento.

Mas la abnegacion de estado, católicos, de que Vicente daba con tanta frecuencia los mas ilustres ejemplos, consiste, no solo en esa prontitud y facilidad con que suele prescindirse de un beneficio pingüe, sino tambien, y esta es acaso su mas brillante prueba, en la presteza para aceptar destinos en que todo se brinda para el trabajo y nada para la propia comodidad, y de esto nos dejó los mas esclarecidos ejemplos. Apénas encontraba una ocasion de consagrarse todo á su prójimo, sin esperanza de alivio ni retribucion alguna, cuando se aprestaba lleno de gozo á esta clase de servicios. Pronto le veréis entregado á mil penosas taréas; pero entre tanto quiero llamar vuestra atencion hácia su abnegacion personal y absoluta, de que dió pruebas tan admirables, la cual brillaba sobre todo en su heroico amor á la obediencia y en el olvido profundo que siempre tuvo de sí mismo.

Tal era su amor á la obediencia, que nunca se atrevió á tomar por su propio dictámen resolucion alguna respecto de sí mismo. Si acepta el curato de Clichy, y esto con maravillosa prontitud, es porque su director espiritual, el Señor Berulle, Fundador del Oratorio de Paris, así se lo previene: si deja este rebaño para ir á dirigir la educacion de los hijos de Gondy, Conde Joigny y General de las galeras de Francia, es para obsequiar la voz autorizada de aquel venerable sacerdote, á quien habia hecho depositario de su conciencia. ¡Admirable virtud, y mas todavía cuando vive en el corazon sin la santa ligadura de los votos!

• ¿Qué os diré del olvido profundo de sí mismo, que tanto le distinguió durante su preciosa vida? Católicos: si entre las virtudes de nuestro Santo hemos de hallar alguna que descubra el arte mas delicado para sostenerse, será tal vez ésta, porque hai en ella una cosa singularmente rara. ¿Cuál? aquella vida sencilla y simple, aquel porte comun, aquella exquisita vulgaridad con que aparecia como una de tantas personas, llevando escondido en su corazon el mérito de las mas heroicas virtudes. Sin volar al desierto, sin recogerse todo dentro de las paredes claustales de una estrechísima celda, sustrayéndose al mundo para siempre, sin hacernos estremecer con el espectáculo aterrador de sangrientas austeridades, llevaba guardadas en lo mas íntimo de su corazon la esencia de la caridad, el mérito de los sacrificios mas grandes, la historia secreta de los mas

sublimes triunfos. Todo lo que practicaba era con tal sosiego y tan admirable naturalidad, que no era posible traslucir la menor fuerza en aquella conducta, y podria decirse que Dios le tenia reservado para ensayar con la índole de su virtud un medio nuevo de atraer á los pecadores por caminos mas fáciles al parecer que los transitados hasta entónces.

Vedle, si no, en Túnez, cuando un desgraciado accidente le hubo llevado allá para condenarle á la servidumbre, cuando, reducido á la ignominiosa condicion de una mercancía, pasa de mano en mano y sufre sucesivamente el yugo de tres dueños. El último de estos principalmente, ¡cosa admirable! preparado poco á poco por la influencia benigna de aquella virtud suave, tranquila, que hacia equivocar la resignacion con el gozo en su continente reposado y amabilidad inefable, no tardó mucho en quitar al siervo de Dios la ignominiosa cadena con que le tenia oprimido, para volver á cargar sobre sus hombros la noble y suave de la fe cristiana que habia sacudido, pues era un renegado de Niza.

Vedle cómo se porta en una situacion todavía mas difícil para una alma noble, cuando un hombre temerario, creyéndole autor de cierto robo que habia sufrido en una pieza donde habitaba casualmente con él, sin que fuesen parte á contenerle la virtud acrisolada de aquel justo, y aun la circunstancia de haberle visto postrado en una cama, descargó sobre él tal peso de injurias é imprecaciones, que la lengua se resiste á proferirlas: y no satisfecho con esto, le desacreditaba por todas partes. . . . A cada nuevo embate de aquella lengua venenosa, respondia siempre tranquilamente: "Señor, Dios sabe la verdad. . . ." Descúbrese al fin ella: el autor de aquel delito le confiesa espontáneamente al calumniador. Mas cuando éste, vivamente conmovido por el silencio heroico de su víctima, le pide un humilde perdon, ofreciéndole publicar su inocencia por todas partes é ir de rodillas á humillarse á sus piés con una cadena al cuello, Vicente de Paul nada consiente, satisfecho solo con que la presencia de la verdad hubiese puesto término á las ofensas de Dios, tan repetidas por el tenaz y arraigado juicio que aquella persona se habia formado. . . .

Si solo estos dos rasgos, á que he querido limitarme, ejercen tal poder sobre el corazon, que bastan por sí para cambiarle, haciéndole pasar del mal al bien, ¡qué dirémos, católicos, de tantos y tantos otros como diariamente admiraban en él cuantos tuvieron la dicha de conocerle y de tratarle! Pero sobre todo, ¡cuánto no debieron influir estas virtudes en disponer los ánimos de una clase, que con ser depositaria y predicadora de la doctrina, y distribuidora de la

gracia que se comunica con los sacramentos, cuando fatalmente decae de su perfeccion y aun padece la gangrena del vicio, no encuentra ya reactivos en el depósito de la doctrina de la fe, ni aun en el ministerio mismo, para reincorporarse otra vez en los senderos abandonados!

Cuando se le ve incesantemente consagrado al culto del Señor, á la predicacion del Evangelio, á la purificacion de las conciencias, al consuelo de los pobres; tan pendiente, que á todo atiende, todo lo hace, de nada se olvida; tan humilde, que no pronuncia una palabra de censura ni ménos de crítica; tan desprendido; que solo admite lo que ya no puede rehusar, para llevarlo inmediatamente á la cama del enfermo ó al hogar del pobre; cuando de tal suerte se esclaviza en esta labor tan penosa, que aun parece olvidar las necesidades de su propia naturaleza; y sobre todo, cuando al reiterado golpe de su infatigable virtud empiezan á manifestarse como frutos de su ministerio inesperadas mudanzas, costumbres sorprendentes, transformaciones inauditas, conversiones ilustres; entónces, digo, un golpe reflejo de aquellos que la humanidad no puede ya resistir, va á romper los bronces que cierran el corazon, á despedazar los grillos y cadenas que aprisionan los piés y las manos de muchos ministros. Despiertan entónces ellos como de un letargo profundo; abren sus ojos, pero solo ven; fijanlos en seguida, pero solo discurren; comprenden luego, pero solo admiran. ¡Feliz progreso, católicos! Un paso más, y veréis la obra consumada. De hecho, aquella numerosa clase, que formaba los últimos eslabones de una cadena medida por el dilatado curso de un siglo de lastimosa corrupcion, empieza una carrera de maravilloso restablecimiento. Iníciase la grande obra con la influencia prodigiosa de las virtudes de Vicente de Paul, las cuales admiran y conmueven; continúase, como al principio dije, con el espectáculo sorprendente de sus trabajos incomparables, y esto, añade á la admiracion y al primer movimiento el poder generoso del estímulo sobre el corazon.

Ya desde entónces su ardiente caridad recibe, por explicarme así, una vida nueva, ó mas bien, un incremento de accion consiguiente á la presencia de la esperanza. Hémosle visto en el ejercicio de su ministerio haciendo admirar al perfecto sacerdote. Si celebra los santos misterios, su recogimiento profundo, su piedad inflamada parece pegar un fuego activo en el corazon de sus oyentes: si abre sus labios delante de las turbas, aquella palabra incomparablemente sencilla y admirablemente fecunda, es conducida por el ascendiente de su virtud hasta los mas impenetrables retretes del corazon humano: si la obediencia le pone al frente de la nobleza para instruir y edu-

carla, vive en los palacios con la austeridad severa y el retiro misterioso de un cenobita, robando á las taréas brillantes las horas que no reclama el deber, para santificar los presidios moralizando con la caridad mas dulce y tierna el corazon de los criminales, curar á los enfermos, socorrer á los pobres, consolar á los afligidos y apacentar con la gracia de los sacramentos á todos los fieles.

Tales son, católicos, sus medios de reforma. Esta accion permanente, variada é inmensa no podia ménos que ejercer un influjo decisivo en la reforma de esa venerable tribu, de quien la Iglesia esperaba el triunfo mas completo sobre el cisma con sus herejías y desórdenes, y sobre los vicios con sus desastres infinitos y ruinosas trascendencias. No podia quedar solo en el campo un atleta que desarrollaba tan inmenso poder sobre la conciencia, y abrigaba digámoslo así, una especie de virtud para multiplicarse. Cierto es que la decadencia lastimosa del clero parecia en Francia comun; pero no faltaban ministros dignos, y entre los otros habia corazones generosos dispuestos á dar un paso victorioso al campo de la virtud. En efecto, católicos, aquella clase ántes tan aletargada, está ya mui dispuesta, y para dar el último paso no espera ya sino solo un recurso decisivo. Vicente de Paul entónces aprovecha una disposicion tan feliz, facilitándolo todo, y empleando para tan importante objeto el poderoso medio de ese retiro espiritual que ha brindado siempre con una plena restauracion al arrepentimiento, y que tanta eficacia y poder adquirió desde que, bajo el influjo de una inspiracion divina, le formuló Ignacio de Loyola con los caracteres de una ciencia práctica, la primera de todas en sus efectos y en su fin. ¡Cosa admirable! ¡aquellos ministros, ántes indiferentes y muertos, pronto vuelven á presentarse al frente de los fieles con todo el vigor de un espíritu renovado!

El éxito feliz de estos primeros ensayos le hizo concebir un pensamiento que mui pronto inscribió la Iglesia en el cuerpo de sus leyes: porque la virtud, católicos, ha tenido siempre la iniciativa en esa legislacion canónica, sábia y justa por excelencia. ¡Cuál es este pensamiento? El que no fuese conferido ninguno de los órdenes sagrados sin el requisito prévio de los ejercicios espirituales: gran medio de reforma, que fijando y robusteciendo la vocacion, y proveyendo á los nuevos ministros de recursos poderosos contra los enemigos de su estado, debia contribuir eficazmente á mantener en toda su hermosura la santidad y el espíritu de todo el clero católico.

Esto era ya mucho, ya lo veis; mas la virtud es infatigable, nunca pronuncia el hasta aquí de sus trabajos, y la posibilidad sola de un adelanto en la carrera de la perfeccion le acosa como los estí-

mulos del deber. Sin duda que el retiro de algunos dias, aunque medido por un corto periodo de tiempo, basta para emprender y concluir un viaje mas dilatado que el del Universo, esto es, el de la conciencia por el corazon. Aquí se recorren todos los mundos, se estudia la mas elevada ciencia, se reciben todas las impresiones y se obran los grandes cambios morales. Sin embargo, católicos, estos retiros desengañan, agitan, dan golpes decisivos al corazon; pero ni destruyen la virtualidad de los hábitos antiguos, ni forman otros nuevos. No podia pues Vicente de Paul quedar satisfecho con solo un retiro preparatorio: tan aleccionado por su sabiduría como estimulado por su celo, da un paso gigantesco concibiendo y realizando el pensamiento de una institucion en que la ciencia y la piedad, apoderándose del hombre desde la mañana de la vida, le preparen esmerada y solícitamente para llevar á los piés del Pontífice, al recibir la imposicion de las manos, y con ella la dignidad sublime del sacerdocio, no solamente aquella tranquilidad que nace de un retiro preparatorio, sino tambien las garantías que dan á la esperanza los hábitos formados bajo el influjo de una sábia y severa disciplina. Ved aquí, católicos, el origen de esos grandes seminarios dirigidos por los hijos de Vicente de Paul, y la causa de esa regularidad sorprendente que comunican estos á los ministros que forman.

¡Pero qué! me diréis, ¿era nueva por ventura entónces la idea de los colegios eclesiásticos? Cuando se trata de estudiarlos en su origen, ¿no podemos ir mas allá del de la Congregacion de la Mision? Léjos de mí, católicos, mendigar en fastidiosas hipérboles recursos de que no ha menester una obra que, sin ser singular, es altamente importante, y que perteneciendo á un género comun, forma sin embargo una especie singular. Sin decirós pues que en Vicente de Paul comenzaron los colegios, puedo aseguraros que las bases que él dió á los suyos, vinieron á satisfacer un *desideratum* que se habia hecho sentir principalmente desde los tiempos de la reforma protestante, y este es mi pensamiento.

El siglo XVI trajo consigo á la Iglesia la necesidad imperiosa de emplear en la formacion del clero todos los recursos posibles, de hacer servir á esta idea el espíritu de todas las instituciones. Entre estas ha habido dos, que vosotros conocéis: los seminarios conciliares gobernados por los obispos y servidos por eclesiásticos de su clero, y los colegios de regulares. Cada uno de estos institutos tiene un objeto igual, formar dignos ministros de la Iglesia, pero al mismo tiempo un inconveniente radical. Los colegios de regulares, rigurosamente excepcionales bajo todos aspectos, no podian ménos que privar al clero secular formado en ellos de aquellas venta-

jas consiguientes al carácter propio de los seminarios. No son de tanta gravedad los inconvenientes de los seminarios, porque con solo depender de los obispos pueden adelantar notablemente; pero hai una cosa que no está en el arbitrio de ellos evitar, y mengua un tanto la virtualidad inmensa de una institucion perfecta. ¿Cuál? el carácter comun del magisterio. En los seminarios sirven jóvenes que empiezan su carrera, sirven mientras logran ameritarse para un beneficio eclesiástico, ó empleo curial que les proporcione mas accion en su ministerio y algunas comodidades para la vida. Una institucion permanente, una enseñanza que figurase como vocacion de un estado, que tuviese la garantía de una vida y la perpetuidad de un cuerpo formado por votos, y sin perjuicio de las reglas excepcionales y privadas del instituto, estuviese bajo la proteccion de los ordinarios; debía ser en consecuencia lo mas perfecto y lo mas fecundo que pudiera apetecerse, para contar con un clero debidamente aleccionado y virtuoso. Pues bien, católicos: lo que hace dos siglos habia sido un *desideratum*, fué despues un hecho, merced al espíritu altamente previsor y á la constancia incomparable de Vicente de Paul. Sus hijos tienen, para la economía de su gobierno interior, privativos reglamentos que bastan por sí para proporcionarles toda la independencia que exige la perfeccion de su estado; mas en el órden exterior no se distinguen del clero secular en cuanto al régimen, por haber quedado sujetos á la jurisdiccion de los obispos: rasgo singular que caracteriza tan admirable instituto, y medio efficacísimo para dar el lleno á ese pensamiento inspirado por las necesidades de la época para la mas recta formacion de la juventud eclesiástica.

Los resultados de esta nueva institucion no podian ser mas satisfactorios. Describirlos seria sin duda narrar sucesos que en su género llenan casi la carrera de dos siglos, lo cual no me permiten ciertamente las leyes á que está sujeto mi discurso; pero no concluiré sin dar gracias á Dios por haber concedido á mi diócesis probar los beneficios de una institucion en que la sabiduría y la santidad brillan á competencia.

Estos dignos sacerdotes, correspondiendo al excelente espíritu que les ha legado su ilustre Fundador, tomaron á su cargo tres colegios en mi diócesis. En todos ellos hicieron admirar constantemente su empeño en la difícil taréa de formar la juventud eclesiástica; pero lo que sobre todo habia hecho concebir las esperanzas mas halagüeñas, era el colegio clerical de Morelia. El órden, la regularidad y el espíritu que reinaban allí, eran objeto de la mas grata satisfaccion para cuantos conocian aquel establecimiento. . . . Pe-

ro, católicos . . . todo esto pasó como un sueño. . . . La tempestad horrible que truena por todas partes, que todo lo sacude y destroza, estas pasiones políticas, rabiosamente desbordadas como un torrente, se precipitaron furiosas sobre el tierno y querido plantel ¡Un momento bastó para que la obra de tantos trabajos y el objeto de tantas esperanzas viniese á tierra!

Yo me distraia, católicos, per un sentimiento que habrá encontrado sin duda una noble excusa en vuestros corazones. No era extraño que una revolucion nacida poco ántes que el héroe que celebramos, y contrariada en su espíritu y tendencias en el órden religioso y moral por el celo y la constancia de esta Congregacion, obra maestra de Vicente de Paul, se la llevase de encuentro con su arrebatado curso donde quiera que la encontrase. Mas las obras de Dios, aunque perseguidas, no desaparecerán; y esos institutos á pesar del mundo y su falsa filosofía, á pesar de esa política bastarda que se esfuerza tres siglos há por destruir todo el influjo moral del sacerdocio, subsistirán siempre. La fecundidad de la Iglesia, la accion de su espíritu y las tendencias de sus obras, léjos de limitarse á lo estrictamente religioso, ejercen un influjo benéfico hasta en la marcha social de los Estados políticos. Vedlo, si no, en el santo personaje á quien hoy tributamos nuestros cultos, observando el influjo de su persona y espíritu en la marcha misma de la sociedad.

SEGUNDA PARTE.

Cuando hablo, católicos, del influjo de nuestro Santo en el Estado; cuando he dedicado á esto una parte de mi discurso, y, no satisfecho con referirme á su época, me he propasado hasta considerarle como un recurso inmenso para los tiempos modernos, guardáos de creer que intente convertir á Vicente de Paul, aquel hombre sencillo y simple, en un hombre de estado, en un genio para la política: no imaginéis que os le presente sorprendiendo el secreto de los gabinetes, dando bases para los tratados, sistemando la marcha administrativa de los gobiernos, dictando las condiciones de la paz ó de la guerra; no: ni Vicente de Paul era esto, ni esto es lo que yo me propongo. Todo ese aparato de grandeza con que subyuga la admiracion del mundo, no es el que pide la alabanza del héroe cristiano para manifestar su gloria.

Tengo que deciros otra cosa y de no poca importancia: tampoco